Algunas reflexiones sobre la vida de Miguel Grau

Contralmirante (r) Francisco Yábar Acuña
Director del Museo Naval. Miembro de Número de la Academia Nacional de la Historia, del Centro de Estudios Histórico Marítimos del Perú y del Centro de Estudios Históricos del Ejército. Miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia de España.



RESUMEN
El texto se remonta a los años de la niñez y juventud del máximo héroe de nuestra república, y luego reflexiona sobre su vida antes de ingresar a la Armada Peruana, incidiendo en algunos de sus principales hábitos: el respeto, la lealtad, la sed constante por la superación personal y la búsqueda del conocimiento autodidacta.

PALABRAS CLAVE
Piura, Juan Manuel Grau y Berrío, Luisa Seminario del Castillo, Manuel Francisco Herrera, Fernando Velarde.

ABSTRACT
The text goes back to the years of childhood and youth of our Republic maximum hero, and then deliberates over his life before entering the Peruvian Navy, incising in some of the main habits: the respect, loyalty, constant thirst for the personal self-improvement and the search for self-educated knowledge.

KEYWORDS
Piura, Juan Manuel Grau y Berrío, Luisa Seminario del Castillo, Manuel Francisco Herrera, Fernando Velarde.

El solar piurano que albergó a la distinguida familia Seminario, en una de cuyas habitaciones nació Miguel Grau, engendra en el pecho de cualquier peruano de bien sentimientos de patriotismo, orgullo y nostalgia. No escapo a esta caracterización.

Los padres de Grau fueron el teniente coronel don Juan Manuel Grau y Berrío y doña Luisa Seminario del Castillo. Tuvo tres hermanos enteros, dos mayores y una hermana menor que él, así como cuatro medios hermanos.

La imagen paterna fue sustantiva en la vida de Grau. Su padre era oriundo de Cartagena de Indias y llegó al Perú en 1822 para colaborar con nuestra independencia.

Valor no le faltaba a su padre. Había luchado desde 1811 contra los españoles en su país natal, la Gran Colombia, y en el Perú, su patria adoptiva, como él mismo anotó en su foja de servicios, estuvo a órdenes del genial Sucre en la segunda expedición a los puertos intermedios en 1823. Luego tuvo la honra de participar en las campañas de Junín y Ayacucho, que nos dieron la independencia.

• Artículo recibido el 5 de julio de 2018, aprobado para su publicación el 3 de agosto de 2018

Durante la guerra contra la Gran Colombia, estuvo al lado de los peruanos y fue uno de los que verificó la captura de Guayaquil. Se retiró del Ejército tras la revolución del general Gamarra contra el mariscal La Mar. Entonces radicó entre Paita y Piura, donde pasó casi toda la década de 1830.

Amenazado el Perú por la guerra contra Bolivia y la invasión de los departamentos del sur, regresó al servicio activo a principios de 1842, tras ofrecer desde Piura sus servicios al vicepresidente, general La Fuente. Poco después fue destinado a Ayacucho, pero en noviembre de ese año el general Francisco Vidal lo nombró vista de aduana del puerto de Paita, por lo que el teniente coronel Grau retornó al encuentro de sus hijos.

El tiempo de la niñez de Miguel Grau coincide con la presencia de su padre en Piura y su inicial actividad como vista de aduana en Paita.

Poco se conoce de estos primeros años. Solo nos queda suponer que vivió algún tiempo en el solar y luego en Paita. Es de público conocimiento que se embarcó por primera vez en el velero mercante *Tescua* en marzo de 1843, cuando era aún un niño de 8 años y medio.

Una de las preguntas más difíciles de responder sobre la vida de nuestro héroe se relaciona con ese episodio. ¿Por qué se decidió que se embarcara a tan temprana edad?

Uno de los más importantes biógrafos de Miguel Grau, Geraldo Arosemena Garland, señaló que consiguió el permiso de su padre debido a su precoz insistencia. Cierto es que grandes veleros arribaban a las playas de Paita del siglo XIX, que se hizo famosa por ser la primera recalada de quienes venían de Guayaquil y Panamá, puerto de grandes balleneros y modestos pescadores. El lugar debía despertar las más fantásticas ilusiones en los niños como Grau.

Se ha deslindado la posibilidad de que los padres de Grau y su hermano mayor Enrique decidiesen embarcarlos para alejarlos de su entorno. No doy crédito a esta versión que para mí resulta antojadiza y sin fundamento. Probablemente lo que hoy se ve como una decisión extrema tenga otras aristas que le den explicación.

El doctor José Agustín de la Puente y Candamo, en su erudita biografía sobre Miguel Grau publicada en 2003, intuye que la respuesta se encuentra en las carencias del padre para criar a Grau y sus hermanos. Pese a tener un trabajo del Estado, ¿cuán estable podía ser? ¿Podía Juan Manuel Grau cumplir su rol de proveedor tal como se estilaba en esa época?

Para analizar la posible respuesta, permítanme recordarles cuál era la situación del Perú durante la niñez de Miguel Grau.

El estado de guerra e inestabilidad económica que se vivió en el país comenzó en la década de 1810, cuando las tropas virreinales que luchaban en Sudamérica provenían principalmente de nuestra patria. Su financiamiento recayó

sobre los comerciantes, hacendados y, en general, todos los que tenían bienes que aportar a la real hacienda.

La independencia desangró al Perú, pero también lo dejó arruinado. Además, trajo como efecto inmediato la llegada incontrolable de bienes producidos en Inglaterra a bajo costo, que arruinó aún más a los obrajes y la incipiente industria nacional, que no podía competir con los bienes fabricados a menor costo en latitudes donde la Revolución Industrial estaba en apogeo.


Busto del Almirante Miguel Grau.

Pero la crisis generalizada no concluyó con la independencia. Después de Ayacucho se instaló el gobierno de Bolívar, de polémico recuerdo para el Perú. Recuérdese la injusta prisión de Guise, la expatriación forzada de cientos de soldados y la persecución de la clase política peruana. Tras la presurosa salida del Libertador a la Gran Colombia, siguió la invasión de nuestro ejército del sur a Bolivia, que hizo abandonar a Sucre y su ejército del Alto Perú, y desconocer la autoridad de Bolívar en Lima. Luego, el Libertador, enfurecido, nos declaró la guerra y con ello se dio inicio a una larga lista de conflictos internos y externos que enlutaron y desestabilizaron económicamente al Perú en los siguientes 15 años.

Entre otros eventos, citaré la revolución de Gamarra contra La Mar en 1829, en plena guerra contra la Gran Colombia, que terminó con la salida del país de La Mar.

Gamarra gobernó con mano férrea de 1829 a 1833, pues su Gobierno estuvo plagado de motines y revueltas que debió debelar junto a su esposa doña Francisca Zubiaga, conocida como la Mariscala por su temple y valentía.

El general Orbegoso, sucesor de Gamarra en 1833, tampoco tuvo un momento de descanso, pues pronto se rebelaron los adeptos de su antecesor.

En ese tiempo nació Miguel Grau.

Derrotadas las fuerzas adeptas de Gamarra, una nueva revuelta estalló en fe-

brero de 1835, cuando el general Salaverry se proclamó presidente mientras Orbegoso estaba en Arequipa. Orbegoso pidió ayuda al presidente de Bolivia para estabilizar el Perú, por lo que el mariscal boliviano Andrés de Santa Cruz invadió nuestro territorio y derrotó sangrientamente a Salaverry. En 1836, el Perú desapareció como Estado con la invasión boliviana y se dividió en dos países, el estado Norperuano, con Lima como capital, y el estado Surperuano, con capital Cusco. Ambos tenían bandera, moneda y presidente propio. Ellos, junto a Bolivia, conformaron la Confederación Perú-boliviana. El nuevo Estado, de gigantescas proporciones en nuestro continente, suscitó el temor estratégico en Chile ante sus posibilidades económicas y, junto con los peruanos enemigos de la Confederación, le declararon la guerra, que se extendió de 1836 a 1839.

El Perú se vio invadido por tropas extranjeras de diversas banderas. La Confederación fue derrotada en la batalla de Yungay, en Áncash, a principios de 1839. El mariscal Gamarra, que luchó junto a los chilenos para restaurar el Perú al igual que Castilla, Vivanco y muchos otros oficiales peruanos, regresó al poder ese año y trató de ordenar el país bajo un Gobierno conservador. Pero en 1841 se levantó en Arequipa el general Vivanco y se proclamó jefe supremo. Gamarra venció a Vivanco y en octubre de ese año, pensando en reproducir la Confederación esta vez con primacía peruana, invadió Bolivia. Pese a ocupar La Paz, fue derrotado y muerto en la batalla de Ingavi el 18 de noviembre de 1841.

Así, para ahondar nuestros males, tras ser diezmado el Ejército Peruano en Ingavi, los bolivianos invadieron en diciembre de 1841 Puno, Moquegua y Tarapacá.

Con lo mejor de nuestros oficiales prisioneros, la guerra contra Bolivia fue hecha con los restos del Ejército y guerrilleros. Pero fue una guerra corta, pues para junio de 1842 se logró, con gran esfuerzo, desalojar al invasor.

En este tiempo Juan Manuel Grau retornó al servicio activo para luchar contra los bolivianos. Pero al concluir rápidamente el conflicto fue enviado a Paita.

En este tiempo Miguel Grau se embarcó por primera vez.

Poco después estalló nuevamente la guerra civil. El general Vivanco contra el general Castilla se enfrentaron en un cruento conflicto que terminó con la victoria del segundo en julio de 1844, cuando Grau estaba embarcado por segunda vez y tenía 10 años cumplidos.

Cabría preguntarse entonces: ¿cómo se encontraba la economía del Perú y qué futuro vería para sus hijos el teniente coronel Grau?

Se comprende en parte el porqué se decidió el embarque de Miguel Grau a bordo del *Tescua*. Pero resta una pregunta importante: ¿qué tan común era el procedimiento de embarcar niños en los barcos mercantes?

En realidad, no tenemos datos sobre la experiencia peruana embarcando niños en buques mercantes. El de Grau, a falta de estudios, es una referencia aislada y sin contraste local. La experiencia en la principal potencia marítima de aquel entonces, Inglaterra, confirma tal práctica, pero la generalidad de niños británicos embarcados es de 13 a más años e inusual en menores de 10. Los niños se embarcaban para aprender el oficio de marino, comenzando por las prácticas más básicas. Era el modelo de instrucción de la Armada británica y en su Marina mercante.

Cabe recordar que en Paita ya estaba establecida desde 1840 la Escuela Náutica a cargo del teniente segundo Francisco Carrasco, pero los padres de Grau no decidieron por el tipo de educación del modelo español, en aulas, sino que prefirieron el británico, de la escuela del aprendizaje de la práctica.

Entonces, la elección del padre de Grau tiene diversos fundamentos que se explican por la coyuntura social y económica de su tiempo. Pero, insisto, embarcarlo a los 8 años y medio tiene también que ser justificado por algo más. Creo que se trata de un elemento psicológico al cual solo podemos llegar por deducción. La personalidad del niño. A la edad en que Grau se embarcó es casi seguro que un niño promedio de su tiempo aún fuese dependiente de los cuidados emocionales de sus padres, y su conducta, aún en formación, estuviese más orientada a los juegos infantiles que a los oficios de aprendiz de marinero.

Solo una excepción a la regla puede explicarlo. Y Grau es una excepción a la regla. Intuyo que la personalidad del niño Miguel Grau era más desarrollada que la de sus pares. Su madurez emocional debió ser notoria y su capacidad de aprendizaje superior al promedio. Ello explicaría, en última instancia, que se decidiese por embarcarlo a los 8 años y medio. Sus padres confiaron en que podía vencer las dificultades de su temprano aprendizaje marinero. Era una solución para otorgarle una educación práctica en un tiempo donde las carencias económicas eran palpables y la situación del país no parecía mejorar.

Como mencioné, Grau se embarcó en el *Tescua* en marzo de 1843 y se desempeñó como paje de su capitán Manuel Francisco Herrera, quien al parecer era paiteño y no neogranadino como se creía.

Lo que no podían prever los padres de Grau es que el *Tescua* naufragaría en este primer viaje de Grau frente a la isla Gorgona, justo antes de llegar a Buenaventura, que era su destino final. No sabemos exactamente cómo fue el naufragio, cuántos se salvaron ni qué peripecias vivió Grau. Pero lo cierto es que a principios de 1844 Herrera y Grau estaban de regreso en Paita.

Invoco a la imaginación del lector. Grau tiene 9 años y se presenta a sus padres con el capitán Herrera y este le cuenta sus aventuras y desventuras. ¿Qué pasaría hoy si un niño de 9 años narra a sus padres esta historia? Solución actual: psicólogo, terapia, pastillas para dormir y regalos para engreírlo. Solución de



Patio principal de la Casa Grau de Piura

1844: embárquese de nuevo y supere sus pesadillas. ¡Tiemple carácter y vuélvase hombre!
No creo que la relación entre Grau y su padre fuese difícil. Creo que su padre pensó que lo mejor para el futuro de su hijo era continuar embarcado. Y lo embarcó por segunda vez con Herrera en el *Florita*. Feliz decisión, pues la biografía de Grau así lo acredita.
Desde entonces Grau brilló, lentamente, con luz propia.
Navegó primero hacia el Callao y luego a Paita, Buenaventura y Panamá. De regreso a Paita, a fines de 1844, Herrera asumió el mando del Josefina, que se encargaba de llevar el correo entre el Callao y Panamá. La navegación a vela exigía puntualidad y rapidez.
Grau navegó con Herrera hasta 1846 y así relata la experiencia: "Este buque estuvo haciendo el servicio de paquete entre el Callao y Panamá conduciendo la valija de Europa". Y cesó por haberse establecido la línea de vapores.
El dato es importante, porque Grau fue testigo de la lucha entre la vela y el vapor, entre la tradición y la modernidad. La suerte de la vela estaba echada, pero Herrera siguió porfiadamente llevando el correo, tratando de demostrar que podía cumplir con la regularidad que el vapor aseguraba realizaría con mayor eficiencia. Finalmente, la Pacific Steam Navigation Company desplazó a la com-

pañía peruana. Pero la perseverancia de Herrera fue seguramente un ejemplo que Grau aquilató de su primer comandante y que multiplicó en su vida.
A mediados de 1846, ya de regreso en Paita, volvió a sentar plaza en un velero. Esta vez en un ballenero, la fragata norteamericana *Oregon*. Grau dijo: "Permanecí en este buque pescando ballenas 22 meses y he tocado las Marquesas, Sándwich y la Sociedad".
Un año y 10 meses con los pescadores de ballenas norteamericanos deben haber hecho de Grau un rudo marinero. No dudo que más de una vez remó la lancha de los arponeros, desolló el duro cuero de los cetáceos y conoció de cerca los peligros de esta profesión extrema. Pero lo más importante para mí es que el carácter de Grau templó forma como el acero forjado. El libro *Moby Dick*, de Herman Melville, fue publicado en 1851, por lo que es contemporáneo al embarque de Grau. Frente al peligro, el valor del trabajo en equipo y la lealtad debieron quedar anotados en nuestro héroe.
Aquí debió modelar también su espíritu autodidacta. Sediento de conocimientos, su naturaleza lo llevó a aprender, entre otras cosas, el idioma de aquellos pescadores. Allí conoció a la perfección el inglés y la jerga marinera anglosajona.
Grau debió llegar a Paita a fines de 1848 o principios de 1849. Probablemente a mediados de ese año sentó plaza en la fragata *Peruana* y viajó cargando guano a Inglaterra. Pasó por Burdeos y, de regreso, recaló en Río de Janeiro antes de arribar al Callao a mediados de 1850. Fue su primer encuentro con el cabo de Hornos, el Atlántico y con el comercio del guano, aquel que daría inmensa riqueza al Perú.
En setiembre de 1851, se embarcó en el bergantín peruano *Conroy* para llevar carga al Asia. Tocó las islas Sándwich, y en China llegó a la portuguesa Macao y, finalmente, a Hong Kong.
A los 17 años, Miguel Grau se encontraba en la populosa, cosmopolita y exótica ciudad de Hong Kong. Contaba con una más que abundante experiencia marinera. Hablaba castellano e inglés, htabía cruzado el cabo de Hornos, navegado por Europa, América y Asia, tenía amplia experiencia en pesca de ballenas y dominaba el arte de navegar a vela. Con esta hoja de vida, podía encontrar trabajo en cualquier barco mercante del mundo.
En Hong Kong cambió de nave. No regresó al Callao en el bergantín peruano *Conroy*, pues se embarcó en la fragata inglesa *John Adam* y navegó de Hong Kong a San Francisco, California. Allí sentó plaza en la fragata norteamericana *Corsair*, con la que navegó a Singapur y Hong Kong. Luego se embarcó en la fragata *Witchcraft* para hacer un viaje redondo de Hong Kong a Singapur.
No es poca cosa el haber navegado en el *Witchcraft*, pues se trataba de uno de los mejores *clippers* construidos en Estados Unidos, que ostentó varios récords de velocidad. Grau, pues, navegó en uno de los mejores veleros del mundo y se codeó par a par con los marinos de habla anglosajona.



Calm. Francisco Yábar dando su discurso alusivo al natalicio de Miguel Grau Seminario en el Museo Casa Grau de Piura.

Nuevamente en Hong Kong, sentó plaza en la fragata americana Stay Hong, con la que viajó a Nueva York y Boston. En este último puerto se embarcó en la fragata Seabon y navegó a California. Finalmente, regresó al Callao el 23 de julio de 1853, próximo a cumplir 19 años, en la fragata norteamericana Golden Eagle, un clipper de gran tamaño dedicado al comercio con China y el transporte de guano.

En unos 10 años, Grau navegó 102 854 millas, esto es, unas 4,7 veces la vuelta al mundo. Al pisar tierra, nuestro héroe ya no se emocionaba con historias de viejos marinos, de los cuentos de lejanas tierras y peligrosas aventuras. A su corta edad él era la luz entre los jóvenes. Era una historia viviente, un marinero curtido, cosmopolita y poseedor de un conocimiento práctico sin par entre sus colegas. Para ese entonces, el padre de Grau se estableció en Lima y seguramente ya sus dos hijos, Miguel y el mayor, Enrique (nacido en 1831, embarcado también en 1843 como Miguel, y navegante en buques mercantes hasta 1853) tenían decidido ingresar a la Armada Peruana.

Ciertamente los hermanos Grau sabían que tenían un vacío que llenar para tentar el ingreso a la Armada. Poseían una excelente preparación marinera, pero adolecían de una educación formal humanista. Por ello, al menos Miguel Grau, se inscribió en el colegio que regentaba el poeta español Fernando Velarde.

Velarde pertenecía a un círculo intelectual limeño de élite. Estaba casado con una sobrina del que sería futuro presidente don José Balta y fundó un colegio modelo de enseñanza primaria y media. Llegó incluso a publicar un libro de gramática reimpreso varias veces. Fue uno de los máximos exponentes del romanticismo en el Perú y, según la pluma de Ricardo Palma, era el "gran capitán"

de la bohemia limeña. Anotó también el tradicionalista que "no había frescos labios de rosa que no recitasen sus versos, ni estudiante que, leyéndolos, no se sintiese arrebatado de entusiasmo"[1].

Velarde dejó anotado que Miguel Grau fue su alumno. Lamentablemente no hay registro de sus clases, por lo que no sabemos las materias que escogió profundizar. Muchos consideran estos estudios solo como una posibilidad sin refrendo. Para asegurar esta corta y sin duda fructífera etapa estudiantil de Grau, debo mencionar una anécdota personal. Durante mis estudios de Historia tuve la suerte de ser alumno del doctor Oswaldo Holguín, experto en literatura del siglo XIX, y una de sus clases consistió en el análisis de periódicos de ese siglo, justamente de 1854. Para suerte mía, me cupo encontrar una carta entonces desconocida del joven Miguel Grau publicada en el diario *El Comercio*. Documento corto y escueto, se trata de un refrendo a la honestidad y honorabilidad de Fernando Velarde, quien en ese momento veía su honor mancillado por otro personaje de su tiempo. Velarde pidió a tres personas que escribieran sobre él y Grau fue uno de ellos.

Si Velarde era un personaje con múltiples conexiones y de reconocida talla intelectual, ¿por qué escogió a un joven marinero como testigo de su honra? Mi argumento es que sin duda había una relación que los unía, vínculo que debió ser intenso entre maestro y alumno. Es natural que un alumno de gran valía y un maestro de sólidos conocimientos forjen amistad ante la comunidad de virtudes que poseen.

Tiempo después, Velarde dejó el Perú y se estableció en Londres, donde falleció aparentemente a finales de 1880 o inicios de 1881. Poco antes de morir, tuvo conocimiento de la gloriosa suerte de Grau en Angamos y escribió un poema titulado "A Grau", que deja constancia de la personalidad del joven marino que había sido su alumno en 1853 y 1854:

> Es tragedia sublime nuestra vida,
> Precursor muy audaz nuestra esperanza.
> Al festín de la gloria nos convida
> Y al gran ciclón universal nos lanza
>
> ¿Cómo el destino en sus misterios pudo
> Hacer tan grande y tan fugaz tu historia?
> ¡Héroe! Recibe mi postrer saludo
> Es un sollozo de dolor y gloria.

1. DE LA PUENTE Y CANDAMO, José Agustín. Miguel Grau. Lima: Instituto Peruano de Estudios Histórico-Marítimos. 2003, p. 58

Siendo yo joven desgraciado, errante
Mensajero fugaz de clima en clima;
Fuiste mi alumno férvido y constante
¡Allá en la noble y opulenta Lima!

A pesar de los años que se lanzan
Cuales aves negras al profundo olvido,
Mis recuerdos más íntimos te alcanzan
En la revuelta oscuridad perdido.

Te recuerdo muy bien, meditabundo
Cual las pasiones tempestuosas, tiernas...
Como un viajero que en el fin del mundo
Ve surgir a las vírgenes eternas.

En transportes de júbilo temblabas
Cuando los hechos de numancia oías,
Con Bolívar el grande te exaltabas,
Con Sucre el inmortal te enternecías.

Siempre fue dulce para mí tu nombre,
¡Siempre fue fausta para mí tu estrella!
Es un arcano incomprensible el hombre,
Dios en la muda eternidad le sella.

Nunca fuiste risueño ni elocuente,
Y tu faz pocas veces sonreía,
Pero inspirabas entusiasmo ardiente,
Cariñosa y profunda simpatía[2].

Dejo allí el poema de Velarde, que es extenso y vibrante. Estas estrofas sirven para saber, del antiguo maestro, el recuerdo que guardaba del joven alumno y que, a la luz de su vida marinera, confirma cómo era su personalidad.
Sostengo que Grau fue un autodidacta. La vida le dio la oportunidad para aprender por sí mismo y él tuvo la capacidad de diferenciar entre lo bueno y lo malo. Recuérdese el duro ambiente de su infancia y juventud. La oportunidad, ciertamente, se presenta a todos. La diferencia con Grau es que tenía la semilla de los sólidos principios morales que solo le pudieron dar sus padres y los capitanes con los que sirvió, así como la férrea constancia de construir una vida de hábitos virtuosos, dote de la vida que es difícil de mantener y que Grau supo explotar.

2. VELARDE, Fernando. A Grau. A la gloria del Gran Almirante Miguel Grau. Marina de Guerra del Perú. 2014, pp. 58-59.

Conociendo su juventud, su lejanía del seno familiar y su duro aprendizaje, se comprende, entonces, el cariño con que escribe a su esposa cuando distrae unos minutos del tiempo que dedica a la campaña naval y la vehemencia con que le pide se preocupe por la educación de su prole. Básteme leer una de sus cartas para dar testimonio de su nobleza de espíritu:

> Muy querida esposa:
> Como la vida es precaria en lo general, y con mayor razón desde que va uno a exponerla a cada rato en aras de la patria, en una guerra justa, pero que será sangrienta y prolongada, no quiero salir a campaña sin antes hacerte por medio de esta carta varios encargos; principiando por el primero, que consiste en suplicarte me otorgues tu perdón por si creyeras que yo te hubiera ofendido intencionalmente.
> El segundo se contrae a pedirte atiendas con sumo esmero y tenaz vigilancia a la educación de nuestros hijos idolatrados; para lograr este esencial encargo debo avisarte, o mejor dicho recomendarte, que todo lo poco que dejo de fortuna se emplee en darles toda la instrucción que sea posible; única herencia que siempre he deseado dejarles[3].

Imaginémonos, ¿cómo sería nuestra sociedad si cundiese el ejemplo de Grau por el respeto familiar y donde la preocupación de los padres fuese, por sobre todas las cosas, la esmerada educación de sus hijos?
Una vida sustentada en principios morales, una vida llena de hábitos virtuosos y un quehacer público intachable fueron las semillas que Grau sembró en los espíritus de sus hijos, y fueron el modelo de liderazgo que proyectó y proyecta aún en la Armada Peruana y en nuestra sociedad. Si alguna vez alguien dijo que Grau opacaba a otros heroicos marinos, confundió la luz de Grau con el destello enceguecedor de la envidia, pues Grau no opaca a nadie. Su nombre y su figura se mantienen incólumes y se funden en un faro orientador que, lejos de opacar, ilumina el sendero de los peruanos y orienta el rumbo de los marinos. Pero ya es hora de que su ejemplo enceguezca a quienes arruinan nuestra patria viviendo en la deshonra, confundiendo a nuestra juventud al hacerle creer que el vicio, la corrupción y el libertinaje son opciones válidas de vida. En oposición a ellos, una sola palabra: Grau.

Bibliografía

- DE LA PUENTE Y CANDAMO, José Agustín. Miguel Grau. Lima: Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú. 2003.
- VELARDE, Fernando. A la gloria del Gran Almirante Miguel Grau. Lima: Marina de Guerra del Perú. 1995.

3. DE LA PUENTE Y CANDAMO, op. cit., pp. 267-269.





IV SIMPOSIO INTERNACIONAL

DE SEGURIDAD Y DEFENSA

PERÚ 2018

"Políticas de Seguridad y Defensa:
De la visión estratégica a la aplicación marítima"

Del 21 al 24 de Agosto

Hotel LOS DELFINES

Organizan